

## EL ATLETA IMPOSIBLE

Extenuado, tras superar la recta final, se llegó el de la triste figura hasta donde le aguardaban, tanto Rocinante, como Sancho a lomos del rucio. El escudero, después de secar el sudor que empapaba a su señor, el insigne Alonso Quijano, le ayudó a tomar montura y, tras obsequiarle con un buen trago de un pellejo de vino, reemprendieron su regreso a La Mancha, desde aquella noble tierra burgalesa de Atapuerca.

—Lo que más me aflige, mi buen Sancho, es no haber podido apresar a uno de esos seres, medio galgos, medio cabras, que corrían a dos patas y huían campo a través —se resignó el hidalgo.

—No eran ni chivos, ni canes, ni conejos, sino atletas —le corrigió Sancho.

—Tanto más da, si huyeron —se lamentó Don Quijote.

Sin perder su bonachona sonrisa, dejando atrás los yacimientos, Sancho Panza volvió la vista con una nostalgia recién estrenada.

—Mire mi señor, si ha sido capaz de acabar el cross en media hora, vistiendo la armadura, yelmo incluido, por la gloria de Dulcinea que después de unos meses de entrenamiento, o los atrapa a todos, o se lleva los laureles de la victoria.